

GABRIELA MISTRAL, MAESTRA DE MAESTROS

DESDE su modesta casa de Vicuña, pasó
★ do por la corte de Suecia, para detenerse
en el doloroso lecho de un mortal com-
mún. En tierra extraña, el arco rutilante que
describe la vida de Gabriela Mistral ilumina
nuestras letras y las del mundo. ora con la
diferente claridad de la ternura; ora con el día
luminoso resplandor de su potente inspira-
ción.

Apoyando hijos ajenos, aprendió en
ellos a ser madre, a crear arrullos y a imaginar
rondas en que infantes de todas las razas vo-
laban como flores, el planeta, del que quis-
o demeritar para siempre la angustia de los pre-
ciosos donados, tras cuya huella de luz viva
fue caminando siempre con "candeleros de co-
ma temblorosa" y deseando ser "una madre
que las madres".

La maternidad que reemplazó por las su-
yas, le inspiró páginas de inolvidable dulzura.
en ellas, el hijo que no tuvo se hizo carne y
recorrerá los siglos cenizas entre las hojas de sus
libros sin abandonar, como ella temiera, a re-
ta "mañer sola y dormida" que escribió para
el las bellísimas catequistas de casa que lo me-
cerán en el regazo de todas las madres del
tiempo, envuelto en los vellos de la suya.

Maestra por sobre todo, entregó a los
maestros un plan de vida esbozado en su céle-
bre "Oración de la Maestra", en la que la fru-
alidad de la enseñanza se vuelve toda poética y
sentimiento corroborados por la totalidad de
la obra poética en la que se dibuja con nítida
el perfil de la maestra total, la que enseña
con dulzura y rebeldía, la que se entrega
por entero, poniendo con amor un sello equi-
voco e indelible en los hijos de "otras madres".

"En el saber de tu hijo, de ella hay más
que de ti", dice en "La Maestra Rural".

Su magisterio se proyecta más allá de la
escuela: va enseñando a todos, aún a los que
hace mucho dejaron la infancia, lo que logró
expresar en su paso por el mundo. Sabía ense-
ñar la belleza porque su sensibilidad exquisi-
ta supo encontrarla donde nadie intenta al-
canzarla: en el dolor, en la vejez en la miseria
y hasta en el humilde espinoso. Sabía enseñar
a orar porque supuso con todos los aciertos a
un Dios accesible y fraternal, confidente en la
ternura y árbitro en la angustia. Pudo ense-
ñar a amar porque conoce todas las gimas del
amor, desde la pasión exaltada hasta el dor-
dor lacrimante y destructor en "el que fueron
dichas todas las palabras".

El amor de la tierra nativa, de la que re-
la siente amante pero no distante, late en su
prosa esmaltada por la ingenuidad de las
flores silvestres, que lamenta no saber nom-
brar, por el cristal azul, los ríos azules o por
el fervor resplandor de las ciudades esmeral-
dadas con motivo de alguna festividad. Pasa
se presta de entender y amar su tierra y auto-
re confiesa todo, desde la formidable muer-
ta de los Andes, hasta la quietud del valle
sereno; desde el desierto ardiente hasta la
helada e inabismable Patagonia. Al mundo vibrante
agrega un mapa audible, en el que se oye vivir,
cumpliendo el mandamiento bíblico, que ella
conoce muy bien, a la enforzada voz de su
cara: mientras arranca sus frutos al suelo
mezclando el canto a la labor, arrojando en el
norte por el estallido burgar del arco en las
entradas de la tierra; apenas audible en el
sur, entre el retumbar de las mareas y del viento
para callar, por fin entre las nieves.

Lejos de ese mundo que en el suyo, de su
Esqui nativa, de su valle central tan celebra-
do, de sus volcanes y sus fiados, sigue viviendo
en él y, amándose de olvidados, lo siente, lo
retrata y lo hace amar en las alamedas po-



verleñas en el confuso "acondado y en el se-
ño de sus hombres y mujeres".

Los ríosados que crecía a Chile también
a su gente: el indio errante de la guerrilla va
siabando a algunos y cifrando esperanzas en
otros; defendiendo de las despididas prematu-
ras y tratando de abrir paso a su voz en la
conciencia de la barbaridad que hurlan lleve-
parando, a veces, el acero a su palabra al
abogar por la justicia y la cultura.

Siempre maestra mientras estaba a Chile
a los extraños, fue trayendo hasta los suyos
las imágenes de su Francia, de su Italia o de
su España, haciéndoles gustar "la dulzura de
la geografía" acurrucada en sus brazos; al pasar
de ella, el hambre de la patria la asalta y des-
de lejos, la define impartiendo una lección de
amor patriótico integral en el "Recado para
Indo Puyo sobre otras flores".

"Cuando la patria se cierra, lo que ocu-
pa de nosotros no es sólo un surco: es el es-
pacio en cuatro dimensiones. Yo suelo echar
de menos, por ejemplo, el espacio aéreo en la
bocanada marítima; y el espacio vertical de
los ríos en la selva, y la vertiginosa caída que,
siendo silenciosa, cuenta igualmente como
espacio".

Se durmió lejana, lejana también se le había
dado el primer espaldarazo de la gloria litera-
ria, pero decenas hay entre los suyos, en la
región que la vio nacer de vida, en la que
ronó y vivió como pocos surcan y aman; agra-
da en plausión, tendiendo sobre el tiempo, agra-
da para siempre a dolores y amarguras.

ANA MARTINEZ ZUÑIGA
Valparaíso, 1946.

Gabriela Mistral, maestra de maestros [artículo] Ana Martínez Zúñiga.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Zúñiga, Ana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela Mistral, maestra de maestros [artículo] Ana Martínez Zúñiga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile